

Apuntes sobre el Individuo Participante

extractos del libro *Camino se hace al andar. Del individuo moderno a la comunidad sostenible*, por José Luis Escorihuela, 'Ulises'

Nuestro punto de partida, el individuo liberal

El individuo moderno liberal ha asumido las ideas de igualdad, libertad, autonomía, privacidad, con todo lo que ellas implican, como parte esencial de su ser y ha llegado a pensar que son parte esencial de todo ser humano. No es capaz de verlas simplemente como lo que son: ideas. Ideas que se han ido adquiriendo en un largo proceso de formación y que, seguramente, han respondido a algún tipo de necesidad histórica. Este proceso es en sí irreversible, no podemos vivir la historia hacia atrás. E igual que el adulto debe de aceptar que ya no es un niño, que el niño está dentro de él de otra manera, nosotros tampoco podemos pretender ser aquellos primitivos felices que vivían en armoniosas comunidades. Esos primeros seres humanos, esas comunidades en las que vivieron miles de años, están seguramente dentro de nosotros, en nuestra piel, en nuestra memoria atávica, en nuestro inconsciente colectivo, pero no podemos volver a ser ellos. Se fueron para siempre y su legado ha de reaparecer también de otra manera.

Ahora somos ante todo individuos y no creo que nos sea posible renunciar a nuestra individualidad. Entre otras cosas porque esa individualidad significa también un grado de conciencia que dudo tuvieran aquellos felices antepasados nuestros. Y, por lo que sabemos, la conciencia tiende más bien a crecer, no disminuye. Una vez que hemos aprendido a ser conscientes de nosotros mismos, de nuestra individualidad, ¿cómo vamos a dejar de ser conscientes de ello? ¿cómo vamos a dejar de reconocernos como individuos? Una vez que hemos disfrutado de ciertos derechos individuales, una vez que hemos sabido lo maravilloso que es vivir en libertad, ¿cómo vamos a renunciar a ello? ¿quién, que haya podido conocer en sus carnes mínimamente la opresión, estaría dispuesto a renunciar a su querida libertad y aceptar cierto grado de represión por un hipotético bien común?

Somos individuos. Éste ha de ser nuestro punto de partida. Ya hemos visto también qué significa ser individuos, hasta dónde se puede llevar la propia individualidad. Este es el significado real del individuo liberal, el extremo de la individualidad. Su concepción de la libertad, de la igualdad, de la autonomía, su deseo de privacidad, sus ambiciones... todo ello sólo conduce a ser más individuo, a romper más y más lazos que nos conectan con otras personas, con otros seres vivos, con la naturaleza en su conjunto. Spinoza decía que está en el ser de todo lo existente desplegar toda su potencia, llegar a ser todo lo que puede ser, ir al límite, aunque esto le suponga, añadiría Marx, alcanzar ciertas contradicciones internas que han de conducir necesariamente a su destrucción como paso previo para la creación de un nuevo ser, mejor adaptado a la realidad existente. Pues bien, creo que el individuo moderno liberal está llegando ahora mismo a sus propios límites, está viviendo sus más fuertes contradicciones, las que necesariamente han de acabar con él, antes de que surja un nuevo ser, un individuo mejor preparado para los desafíos que nos presenta el futuro. El ser humano no es un concepto terminado, algo hecho desde el principio. Es puro proceso, puro devenir histórico. En cada momento de la historia, en un proceso que para muchos es claramente evolutivo, el ser humano se ha mostrado de una manera diferente, adecuándose a las circunstancias históricas que requerían una parte u otra de su ser. El individuo moderno no es más que una forma particular de mostrarse del ser humano, una forma adaptada o hecha para una historia particular, la nuestra, la de la civilización occidental. Con sus virtudes y sus incoherencias ha cumplido su papel. Ya no lo necesitamos. Es el momento de explorar otras posibilidades, de avanzar otras ideas con las que llenar la carcasa vacía de un ser que necesariamente ha de superar ciertas creencias por las que siente mucho apego.

Nuestro punto de llegada, el individuo participante

La libertad defendida por la cultura dominante es una libertad para privilegiados, para quienes, por razones históricas o personales, cuentan con los medios necesarios para participar ventajosamente en el juego del mercado. Es una libertad que ciertamente nos libera de la opresión externa y que nos permite reconocernos como individuos libres, pero también, al liberarnos de cualquier atadura externa, nos deja solos, solos y aislados, sin darnos las claves para reencontrarnos con los demás. No nos libera, ni tiene intenciones de hacerlo, de la opresión interna, la que garantiza el control de nuestro ser por parte de la cultura dominante, impidiéndonos ver las esenciales conexiones que podemos establecer con los otros, la manera de romper nuestro aislamiento y recrear la comunidad. No necesitamos ese tipo de libertad. Podemos imaginar una forma de vida en la que la libertad se entienda, a la manera de los estoicos, como la sabia adecuación al acontecer de las cosas, o como el compromiso con los asuntos de la comunidad. Una libertad que nos libera externa e internamente a la vez.

La autonomía individual, defendida por la cultura dominante, sólo conduce a una aceptación inconsciente de valores y normas propios de la mayoría, pensados para mantener sus privilegios. No la necesitamos. Podemos imaginar una forma de vida en la que el individuo y la comunidad se retroalimentan continuamente en un proceso abierto y permanente en el que se airean las diferencias, se aprecian y se valoran colectivamente; una forma de vida en la que la existencia de condicionamientos culturales no impida a las personas el poder explorar, consciente y activamente, los límites de su identidad individual y con ello contribuir a redefinir la conciencia colectiva, aumentando así su conciencia individual y la conciencia del grupo.

Por último, la supuesta igualdad defendida por la cultura dominante sólo sirve para ocultar las diferencias existentes, negarlas o reprimirlas, creando conflictos de difícil solución. No necesitamos ser iguales de esta manera. Podemos imaginar una forma de vida en la que se reconoce la diferencia en el mismo plano que la igualdad, como dos formas distintas de dirigir nuestra atención. Lo que nos obliga a repensar nuestra manera de relacionarnos, de comunicar, de convivir, de ser unos con otros, y por tanto a vivir continuamente en proceso, a reconstruir nuestra identidad individual con cada encuentro, con cada interacción, sin que ninguna mayoría se halle detrás para apoyar nuestra pereza.

Esta forma de vida, en la que el individuo asume una libertad responsable basada en el compromiso, vive la diferencia como proceso de crecimiento y desarrolla la conciencia necesaria para explorar sus límites; esta forma de vida co-creada por un individuo que se descubre como ser relacional, participante, consciente, comprometido, igual y diferente, se llama comunidad sostenible.

Una comunidad de individuos participantes

La comunidad en boca de todos

Posiblemente como una reacción a los excesos del individualismo dominante —que entre otras cosas se traduce en una dificultad para salir adelante experimentada por muchas personas que carecen de una red de apoyo familiar o social, en un aumento del sentimiento de soledad y de enfermedades sociales como la depresión, o en un temor patológico por la seguridad al ver al otro como un extraño, un desconocido del que no se sabe que esperar—, la idea de comunidad se va abriendo de nuevo paso como una alternativa posible y deseable. Cada vez más personas buscan la comunidad como una solución a sus problemas, para los que ya no encuentran respuesta en las estructuras sociales existentes. La palabra comunidad empieza a aparecer en boca de mucha gente normal y corriente que quiere apostar por una forma de vida más humana, de algunos estudiosos que ensalzan sus ventajas y su necesidad para nuestra supervivencia como especie, e

incluso de algunos políticos que son conscientes de la necesidad de una mayor cooperación y participación social para afrontar con garantías los tremendos retos a los que deben enfrentarse sus comunidades.

La comunidad está por tanto en boca de todos, se habla de comunidad, de desarrollo comunitario, de participación ciudadana, etc. La pregunta es: ¿hablamos todos de lo mismo? Y si no es así, ¿qué tipo de comunidad es deseable? ¿cuál responde a una forma de vida sostenible? ¿qué rasgos debe tener la comunidad para recoger la esencia de ese individuo relacional y participante, consciente, diverso y comprometido del que dábamos cuenta en un capítulo anterior? ¿cómo ha de ser la comunidad del futuro?

Los estudios anteriores sobre el individuo moderno y sobre la comunidad a lo largo de la historia aportan algunas de las claves que nos pueden servir para empezar a dar forma a esa compleja idea que es la comunidad. Para decirlo en pocas palabras, la comunidad que viene será una comunidad de individuos “participantes”, iguales y diferentes, libres y comprometidos, conscientes; una comunidad diversa, en gentes y en habilidades, en la que el “amor” y la “compasión” serán sus principales aglutinantes; una comunidad que se establece en diferentes niveles, desde la comunidad intencional, pasando por la comunidad local, hasta la comunidad global atravesada por un sinfín de comunidades de intereses; una comunidad ecológica, económica, social y culturalmente sostenible.

El “ser cualquiera”

El individuo “participante” es mi manera de interpretar lo que el filósofo Giorgio Agamben ha llamado el “ser cualquiera”, un ser que no se caracteriza por ninguna identidad concreta —no es hombre o mujer, español o francés, católico o musulmán, bailarín o fontanero...—, ni toma su valor de esa identidad; pero tampoco es un ser desnudo, desvalorizado, intercambiable, obligado a asumir cualquier identidad —como parece querer el capitalismo más reciente—. Su especificidad no está en su indiferencia a cualquier forma de identidad concreta, sino en una identidad que es en sí misma valiosa, cualquiera que sea la forma concreta que tome. Su ser no está por tanto en ser hombre, español y católico, por ejemplo, sino en el hecho de poder ser eso y cualquier otra cosa.

Así, la comunidad que forma el ser cualquiera no es una comunidad mediatizada por ninguna condición de pertenencia, no es una comunidad que se defina, por ejemplo, por los atributos de hombre, español y católico, ni es una comunidad que carece de toda identidad, sino que se trata de una comunidad que halla su esencia, su valor, en la propia pertenencia, en la simple existencia de un conjunto de relaciones que mantienen los individuos que la forman, más allá de cualquier contenido concreto de estas relaciones. El ser cualquiera basa su ser en el puro hecho de pertenecer, independientemente de la forma que toma la comunidad concreta a la que pertenece.

El ser cualquiera es un ser participante. Lo esencial de su ser está en el hecho de participar, de ser parte de algo, no en asumir la identidad de lo participado. Yo puedo ser un hombre —biológicamente hablando— y participo, normalmente de manera inconsciente, del hecho de ser hombre —me refiero ahora al ser hombre como identidad cultural—, pero como ser cualquiera mi ser fundamental no está en ser hombre, no tengo por qué asumir el ser hombre como una característica identitaria insoslayable de la que no me puedo desprender. Puedo aprender a desprenderme de esa identidad o de alguna de sus características, y dejar así espacio para poder participar del hecho de ser mujer, para aprender a ser mujer, o para ser hombre y mujer, para explorar mi ser andrógino, siempre en tanto que identidades culturales, no biológicas. Como ser cualquiera, mi identidad no sufre por ello porque no está ni en ser hombre ni en ser mujer, sino en la posibilidad de ser ambas cosas, en la posibilidad de participar de ambos mundos. Participando de una determinada esencia me hago concreto, accesible para el resto de la gente, pero mi propia

esencia no está en ninguna de las maneras o modos de presentarme a los demás, sino en mi capacidad para participar de cualquier de ellos.

La comunidad como espacio de participación y pertenencia

No estoy diciendo que la forma concreta de ser del individuo y de la comunidad no sean importantes. Lo son y en cada caso concreto serán también diferentes. Lo que digo es que el valor, o la esencia, o la singularidad de este individuo y esta comunidad está en la misma idea de pertenencia, de manera que cualquier propiedad o característica identitaria se somete a ella y puede ser, por tanto, reformulada, repensada, incluso abandonada, en un proceso dinámico participativo, que involucra al individuo —poniendo en juego su esencia como ser participante— y a la comunidad concreta a la que pertenece —poniendo en juego su ser como espacio de participación—, y que va cambiando y adaptándose según las circunstancias, las necesidades y las expectativas individuales y colectivas.

Que nadie piense, por tanto, que una comunidad así puede tomar la forma concreta de una comunidad fascista. Es imposible. No cabe una forma de ser dictatorial, autoritaria, jerárquica o dirigista, en una comunidad de individuos participantes que, precisamente por su forma de ser, cuestionan cualquier identidad concreta —autoridad, jerarquía, etc.— y que entienden la comunidad básicamente como un espacio de participación. Además, una comunidad de seres participantes es una comunidad eminentemente ecológica, porque la participación no se termina con los seres humanos —¿por qué habría de hacerlo?—, alcanza a todos los seres vivos, a la vida en su totalidad. La participación crea un espacio de profunda conexión entre todos los seres vivos, que devienen así seres participantes.

Una comunidad atravesada por el amor

Si el ser participante es la característica principal del individuo cualquiera en tanto que individuo, la participación o la pertenencia, en tanto que fuerza que conecta entre sí diversos individuos en una comunidad, se llama simplemente “amor”. Es interesante notar que el propio Agamben utiliza la palabra “amor” para designar este hecho. Lo cualquiera, afirma, es la parte “amable” del ser, pues el amor no se refiere nunca a ninguna propiedad concreta del amado, ni hace abstracción de todas ellas en un tibio amor genérico, sino que quiere el objeto con todos los predicados, lo quiere en lo que es, tal cual como es e independientemente de que sea una u otra cosa concreta —yo no te amo porque eres mujer, morena, tierna, inteligente..., ni te amo por el hecho de amar, al margen de ser quien eres y de cómo eres; te amo por todo lo que eres, sin importar si eres o no inteligente, si eres o no tierna, si eres o no morena y, bueno, si eres o no mujer—. El ser cualquiera es un ser amable por el propio hecho de ser, sin importar lo que concretamente es; y en su infinidad de posibilidades de ser cualquier cosa se encuentra con seres igualmente infinitos en un espacio que Agamben describe como pura pertenencia, pura participación, un espacio profundamente recorrido por el amor.

Una comunidad de individuos participantes es por tanto una comunidad atravesada por el amor. En tanto que seres que basan su esencia en la propia participación, se impregnan del amor que toda participación conlleva. Son por tanto seres amantes, seres que buscan otros seres en el espacio amoroso que crea la propia participación; y son seres amables, seres que son objeto de amor en ese mismo espacio; amantes y amables a la vez en un espacio de participación, de profunda conexión esencial. Este espacio esencial no se debe confundir con el espacio de las conexiones concretas que creamos diariamente. Las relaciones cotidianas se producen entre individuos concretos, cargados de una identidad y de un humor temporal. Pueden ser muy diferentes y poner en marcha fuerzas afectivas muy diferentes —atracción, odio, indiferencia, alegría, tristeza, etc.—. No obstante, también esas relaciones cotidianas, en tanto que conexiones

que ponen en marcha nuestro ser participante, se pueden considerar de alguna manera relaciones amorosas, sólo que en general no somos capaces de verlo así, nos cuesta desprendernos del manto de inmediatez que cubre nuestra cotidianeidad. Sólo en momentos de lucidez, sólo cuando alcanzamos determinados estados de conciencia de extraordinaria claridad, podemos ver que toda relación afectiva, toda acción que nos conecta con otras personas, despojada de su contenido emocional concreto, es en última instancia una relación amorosa.

El amor, aglutinante de la comunidad que viene

Como personas comprometidas con múltiples actividades y cargadas de muchos pensamientos y emociones diferentes, raras veces somos conscientes de nuestro ser participante. Nos cuesta conectar con ese espacio en el que la vida se manifiesta en una dimensión diferente, mostrándonos claramente la profunda interconexión que existe entre todos los seres. Para la mayoría de las personas resulta muy difícil renunciar a las principales características o valores que definen su identidad, aunque ni siquiera se trata de renunciar, sino de tomar perspectiva, de separarse de todo lo que uno es y ser capaz de observarse a sí mismo y observar el ser de los demás, tal cual como somos, sin juicio, sin prejuicios.

Muchos llaman al espacio que así se abre espíritu y llaman espiritualidad a nuestra capacidad — con su correspondiente práctica, metodología, conocimiento...— para alcanzar esta dimensión de nuestro ser. A otros no les gusta la palabra, seguramente porque tienen una idea diferente de lo que significa. Se puede llamar espíritu, o se puede llamar amor, no importa. Lo verdaderamente importante es que el amor o el espíritu es el aglutinante de la comunidad del futuro. Una comunidad de individuos sólo puede mantenerse gracias al amor, sólo creando un espacio de participación en el que el individuo se muestra en su ser amoroso, participante o espiritual — según gustos—.

Compasión: amor en acción

En tanto que no somos conscientes de nuestro ser participante, al menos no lo somos en la mayor parte del tiempo, parece difícil apelar al amor o al espíritu como aglutinantes de la comunidad que formamos. Si no somos capaces de entender que todas nuestras relaciones cotidianas son, en última instancia, relaciones impregnadas de amor, ¿de qué manera el amor nos puede ayudar a mantenernos unidos? Mi experiencia personal, viviendo en diferentes comunidades y visitando otras muchas más, me dice que basta con que, en cada comunidad, algunas personas sean conscientes de su ser amoroso o espiritual, expandiendo el amor en todo lo que hacen —en cada palabra que pronuncian, en cada gesto, en cada acción—, para que la comunidad se beneficie positivamente de ello y se mantenga la cohesión del grupo.

No tienen que ser siempre las mismas personas, basta con que en cada momento haya algunas que puedan aportar el espíritu, la voz que el grupo necesita en ese instante. No obstante, mi experiencia también me dice que en toda comunidad o grupo hay algunas personas que, de manera consistente y constante, son capaces de transmitir ese espíritu de cohesión y amor. Siguiendo a Arnold Mindell yo los llamo élderes. Hablaré de ellos más adelante. De momento, es suficiente decir que su principal característica es la “compasión”, que no es otra cosa que el amor que se practica de manera cotidiana, en situaciones adversas o conflictivas y con personas que, ejerciendo su derecho a la diferencia, desafían nuestro propio ser, el ser de otras personas, o el ser de todo el grupo.

La libertad del individuo participante

El individuo participante es además un ser libre, pero no sólo es libre por hallarse libre de ataduras externas, sino porque se halla libre de ataduras internas, o al menos es consciente de la necesidad de hacerlo y sabe aprovechar cualquier oportunidad que le presenta la vida para avanzar en su camino de liberación personal —lo que algunas personas llaman crecimiento personal o ser más conscientes—. Por eso, su libertad no consiste en elegir caprichosamente entre varias posibilidades según sus intereses o deseos inmediatos, sino en un profundo compromiso —también podríamos decir fidelidad— con su ser participante, lo que le permite avanzar tanto en su proceso de liberación personal como colectivo, pues no olvidemos que el grupo sólo se libera de estructuras opresivas existentes si cada uno de sus miembros, o al menos muchos de ellos, consiguen liberarse de sus propias estructuras de opresión interna.

Recordemos que, para el sabio estoico, no existía nada parecido a la idea actual de libertad individual, esa idea simple e ingenua de que cada uno puede hacer lo que quiera. La libertad para los griegos era, desde el punto de vista personal, la simple adecuación al acontecer de las cosas; y desde el punto de vista colectivo, el ineludible compromiso con los asuntos de la ciudad. En esto radicaba para ellos la sabiduría. Igualmente, en su proceso de liberación personal el individuo participante aprende a fluir con la vida, a adecuar su ser al acontecer de las cosas, a comprometerse con el grupo o la comunidad de la que forma parte; aprende a ser más consciente de sí mismo y del mundo que lo rodea, a percibir las fuerzas que atraviesan la comunidad y utilizarlas en beneficio propio y del grupo; se hace más sabio, se convierte en un élder.